

TRIUNFOS DE LAS GALERAS (II)

Agustín Ramón RODRÍGUEZ GONZÁLEZ
del Círculo Naval Español



RECORDARÁN nuestros lectores, como hace poco decíamos que las galeras eran buques que no podían enfrentarse en condiciones normales a los galeones, mucho mejor artillados, más altos de bordas y con una recia estructura en sus cascos que les ponía a salvo del espolón de éstas. Todo ello es bien cierto, pero también lo es que el valor, la destreza y el saber aprovecharse de unas circunstancias favorables, hicieron que en muchas ocasiones las galeras salieran vencedoras, aunque no sin pagar un alto precio.

De entre esas ocasiones, el lector ha tenido un buen ejemplo con los éxitos de las galeras que sirvieron en Blavet y Flandes al mando de Brochero y Spínola, contra ingleses y holandeses, incluyendo su desembarco en Cornualles. Tal vez, y pese a que a sus faltas añadían en ese escenario el estar poco dotadas para soportar aquellos mares y climas, su éxito se debió a la sorpresa táctica sobre enemigos nada acostumbrados a tal tipo de buques. Y es bien cierto que poco duraron sus operaciones, siendo substituidas en adelante por fragatas, zabras o pequeños galeones utilizados con tanto acierto por nuestros corsarios y escuadra de Dunquerque.

Pero en sus propias aguas mediterráneas, las galeras cosecharon todavía durante largos años asombrosos éxitos.

Tarragona, 1641

Corrían por entonces malos tiempos para la monarquía de Felipe IV: a la ya larga lucha contra la mayor parte de Europa se habían unido en 1640 las rebeliones de Portugal y Cataluña, debilitando aún más unas fuerzas que daban signos de agotamiento.

Una de las pocas plazas, y desde luego la más importante, que permanecía fiel al rey en Cataluña era Tarragona, asediada por un ejército francés y bloqueada por una escuadra al mando de Henry D'Escoubleau, señor de Sourdis y, sorprendentemente, arzobispo de Burdeos.

Aunque no se temía un asalto, la falta de alimentos en la sitiada plaza era tal que se temía su rendición en breve plazo. Había que enviar esos suministros, y sólo era posible por mar. Desgraciadamente, la situación de nuestras escuadras era por entonces más que comprometida: tras el desastre de 1639 de las Dunas, la campaña de Brasil del año siguiente y la dura lucha en todos los mares contra tantos enemigos, apenas había buques de alto bordo dispuestos para el trascendental cometido. Sólo estaban disponibles las galeras, y a ellas se tuvo que encomendar una misión que se situaba entre lo temerario y lo imposible.

Su jefe, García de Toledo, duque de Fernandina y marqués de Villafranca, reunió hasta 41 galeras, uniendo las escuadras de Nápoles, Sicilia, Génova y España, aparte de ocho bergantines. Las provisiones se embarcaron en ocho de las de España y en cinco bergantines.

La misión parecía realmente imposible, pues Sourdis contaba con 27 galeones formados en línea, cinco brulotes o buques incendiarios y otras 14 galeras. Si recordamos lo que hizo el toledano Rivera con seis galeones a nada menos que 55 galeras turcas unos años antes, comprobaremos que la cosa era más que ardua.

Pero don García no dudó: aprovechando que el viento había caído, ordenó un ataque el amanecer del 4 de julio. Mientras 29 de sus galeras empeñaban la línea francesa, en la que galeones y galeras se intercalaban, él, al mando de otras cuatro que escoltaban a las ocho con las provisiones y los cinco bergantines, aprovecharía el humo y la confusión del combate para cruzar la línea enemiga y llegar a Tarragona.

Tan audaz plan dio el resultado apetecido, atravesando la línea enemiga por su mismo centro, entre las divisiones de los almirantes Du Cangé y Casenac, y sólo la última de las galeras, la *San Felipe*, aferrada por tres de las enemigas, resultó apresada tras dura lucha. Pero el resto, con las vitales provisiones, llegó felizmente a la necesitada plaza. A todo esto, el combate se había generalizado, remolcando las galeras francesas a sus galeones para situarlos en posición de tiro.

Don García hizo entrega, con toda parsimonia, de las provisiones, confirió con el jefe de la plaza y reembarcó en su capitana, dispuesto a forzar de nuevo la línea enemiga. Para entonces se había levantado el viento, y a barlovento de sus enemigos el audaz almirante español volvió a sobrepasar la

asombrada línea enemiga, con la particularidad de que, al pasar junto al navío de Sourdis, don García ordenó suspender la boga durante dos compases, con los remos en el aire, mostrando a su enemigo el poco temor que le tenía. Incorporado a su grueso, no tardó en retirarse, cumplida su misión.

El chasqueado Sourdis decidió entonces vengarse de las que habían quedado en el puerto cargadas aún de provisiones, cañoneándolas intensamente y lanzando contra ellas sus cinco buques incendiarios. Pero sólo logró perder los brulotes y gastar municiones, pues sus únicos resultados consistieron en averiar tres de ellas.

Al precio de una galera, unos 300 muertos y otros tantos prisioneros, se había salvado la plaza. En la corte francesa la indignación y las críticas contra Sourdis fueron unánimes, tanto por no haber vencido a una fuerza tan inferior como por no haber impedido el socorro de la plaza y, peor aún, la retirada de don García.

Con las provisiones llevadas, Tarragona pudo resistir mes y medio más, hasta que una improvisada escuadra, al mando de don García nuevamente y compuesta de 30 galeones, 4 pataches, las 29 galeras restantes y 65 pequeños buques con todo género de suministros, se presentó ante Tarragona el 20 de agosto. Para entonces Sourdis contaba con 26 galeones, 4 brulotes, 19 galeras y 8 bergantines.

Los franceses, sabiéndose inferiores, no tardaron en retirarse, tanto más por cuanto las ocho galeras bloqueadas en Tarragona hicieron una salida, cogiendo a la escuadra gala entre dos fuegos. El duro cañoneo duró cinco horas, de las tres de la tarde hasta las ocho, en que la oscuridad impidió la lucha. Tras ser seguida por la española durante varios días, la francesa volvió derrotada por completo a las costas de Provenza. La irritación en Francia por la desastrosa campaña descargó sobre Sourdis, quien no volvió a tener ningún mando naval. En España, el conde-duque de Olivares consideró que don García había dejado escapar la oportunidad de obtener una victoria completa sobre la escuadra enemiga, por lo que le destituyó, sin tener en cuenta lo improvisado de su escuadra, en la que más de la mitad de los galeones eran buques extranjeros alquilados y con tripulaciones renuentes a combatir, por lo que sólo sirvieron literalmente para «hacer bulto». Pese a todo ello, y debido también a la inquina entre sus dos familias, Olivares destituyó y encausó a don García, que merecía otro trato bien distinto.

En cualquier caso, había mostrado su decisión, destreza y valor en el socorro a la plaza con sus galeras en julio, burlando a una escuadra mixta muy superior.

Tortosa, 1650

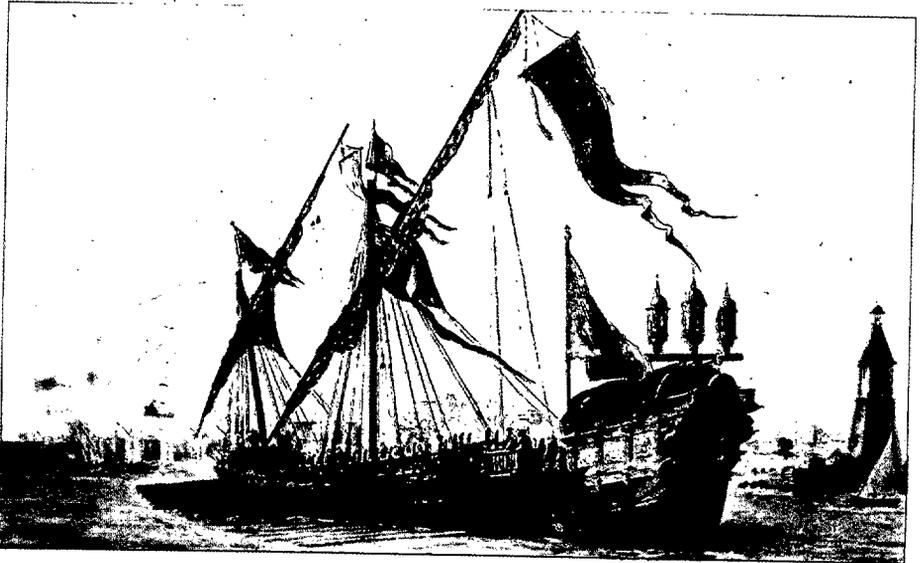
Otro hecho de armas posterior dejó bien claro que las galeras aún podían hacer más. La guerra proseguía en Cataluña, y las tropas de Felipe IV asediaban

por entonces Tortosa. Para bloquear la plaza por mar, se hallaba una pequeña escuadra de galeras, cinco de España y una de Cerdeña, al mando de don Francisco Fernández de la Cueva, duque de Alburquerque, basada en los Alfaques.

Como en Tortosa la escasez de provisiones era ya crítica, el mando francés organizó una pequeña flotilla de transportes. A ésta daría escolta una división de cuatro pequeños galeones, al mando del barón de Ligny. Mientras Ligny se desembarazaba fácilmente de las galeras, el convoy pondría sus abastecimientos en tierra.

Enterado Alburquerque de los planes enemigos, zarpó el 23 de noviembre, llegando a Tortosa al amanecer del día siguiente y topándose con sus enemigos, que más adentrados en el mar rompieron fuego sobre las galeras, que con su escaso calado podían acercarse más a la costa y disponían del barlovento por soplar un terreal. A todo esto calmó el viento, quedando los buques franceses casi inmóviles y distanciados unos de otros. Los españoles no dudaron en lanzarse sobre el menor, armado con 16 cañones, al que hicieron rendirse tras media hora de lucha. Dejándolo custodiado por una de sus galeras, Alburquerque se lanzó con las otras cinco contra los tres restantes.

La táctica de las galeras contra navíos encalmados consistía en atacarlos por la popa: así eran batidos de enfilada, y las balas, que atravesaban fácilmente el relativamente débil espejo, barrían de proa a popa las cubiertas, sembrando la mortandad. Además, el timón podía resultar fácilmente dañado, tanto por la artillería de las galeras como por sus espolones, dejando al buque incapaz de maniobra y a merced de sus enemigas. Con todo, la cosa era bien



Galera de tres fanales entrando en Barcelona. Siglo xvi. (Acuarela de Guillermo G. de Aledo).

costosa, pues era normal que los cañones «guardatimones» fueran en el Mediterráneo los de mayor calibre del barco, por prevenir este peligro. Y desde la alta popa, los arcabuceros y mosqueteros del galeón dominaban las mucho más bajas arrumbadas y cubiertas de las galeras.

Pero los otros dos buques franceses, de 20 cañones cada uno, tuvieron también que rendirse. Ya sólo faltaba la capitana, de 30 cañones, atacada en último lugar y en la que Ligny extremó la resistencia, hasta que siendo imposible continuarla decidió capitular a su vez.

Así se dio el caso, creemos que único en la historia, que en combate abierto y sin sorpresas ni añagazas de ninguna clase seis galeras con 30 cañones en total derrotaran por completo y apresaran a una división de cuatro galeones que sumaba 86 piezas, y que llevaban además de sus dotaciones normales embarcados como refuerzo quinientos mosqueteros. Los buques franceses transportaban también cuatro piezas de campaña y dos morteros, siendo apresados no menos de mil mosquetes y 800 espadas, aparte de gran cantidad de provisiones y municiones.

Claro es que la victoria salió algo cara, pues las galeras y sus dotaciones sufrieron mucho el fuego enemigo, pero los resultados fueron tan fuera de proporción con lo que cabía esperar que el mismo Felipe IV se dignó felicitar personalmente a Alburquerque.

Es cierto que los galeones franceses no eran muy grandes y que la calma los perjudicó decisivamente, pero hasta entonces lo normal hubiera sido que las galeras se contentaran con hostigarlos por la popa, para tras haber dado algunos buenos golpes retirarse a fuerza de rémos contra el viento que mientras tanto se hubiera levantado. Sólo podían esperar el éxito contra buques muy pequeños o con escasa artillería y dotación; lograrlo contra buques que confiaban con toda seguridad en que las podían destrozarse casi impunemente ha sido una de las mayores victorias de nuestra Armada, si no por el tamaño, sí por el mérito.

Recordemos las cifras de la victoria conseguida en Celidonia por Rivera, que pueden servir como comparación para mejor valorar lo conseguido: en Celidonia seis galeones con una andanada de 95 piezas se impusieron a 55 galeras con 275 cañones, es decir, la ventaja de los galeones era tal que triunfaron en una proporción de un barco contra nueve y un cañón contra tres. En Tortosa, las seis galeras lucharon contra cuatro galeones, y sus 30 cañones eran bien inferiores a la andanada enemiga de 43 piezas.

Pocas veces habrá podido enorgullecerse una marina de dos victorias de tal entidad y aparentemente tan contradictorias por lo que se refiere al valor del material con que se consiguieron.

Y es que sobran los ejemplos en la historia que prueban que si es deseable y hasta imperativo disponer de los mejores buques, equipos y armamentos posibles, lo verdaderamente decisivo es la calidad de los hombres que se sirven de ellos.